

CARRILLO Y SOTOMAYOR, LUIS (CA. 1582/1585-1611)

*SONETOS*

I

*Hablando un ausente a la fuente*

Lloras, oh solitario, y solamente  
tu llanto te acompaña, que, lloroso,  
el eco usurpa deste valle umbroso  
y el triste oficio desta dulce fuente.

¡Ay, cómo en escucharte alivio siente  
mi pecho, en sus diluvios caudaloso!  
A no ser natural tu son quejoso,  
mereciera una ausencia tu corriente.

Lloremos juntos, pues, y dure tanto  
que al brío desta fuente presurosa  
le dilate sus términos el llanto.

Mas vencerá mi ausencia querelosa,  
pues de una ausente ingrata el dulce encanto  
es causa a más efectos poderosa.

II

*A una ausencia, partiéndose en galeras*

Usurpa ufano ya el tirano viento  
a las velas los senos extendidos.  
¡Adiós, playas, ya os pierdo! ¡Adiós, erguidos  
montes a quien venció mi pensamiento!

Ya es mar también el uno y el otro asiento  
en mis ojos, de lágrimas ceñidos,  
por perders, oh montes, más perdidos:  
tal pierdo, triste tal, así tal siento.

Ya esconde el ancho mar, en sí orgulloso,  
las frentes de los cerros levantados,

en sus soberbias olas caudaloso.

Así divide ausencia mis cuidados;  
mas no podrá jamás, oh dueño hermoso,  
de ti, mis pensamientos abrazados.

### III

#### *A la alteza del pensamiento y su consuelo*

Pues servís a un perdido, y tan perdidos,  
dejadme, pensamientos desdichados.  
Basten los pasos por mi mal andados,  
basten los pasos por mi mal perdidos.

¿Qué, osados, me queréis? ¿A do, atrevidos,  
montes altos ponéis de mis cuidados?  
Mirad vuestros iguales fulminados,  
mirad los robles de su piel vestidos.

Dan vida a mi mediano pensamiento  
el ver un pino y una fuente clara  
en esta soledad que el alma adora.  
El árbol tiembla al proceloso viento,  
corrida el agua, de humildad, no para;  
que el alto teme y el humilde llora.

### IV

#### *A los despojos del rayo de Júpiter*

Viste de ejemplo el tronco y de fiereza,  
este que ves Centímano arrogante,  
aun muerto, dura en el feroz semblante  
el ánimo que opuso a tanta alteza.

Parias en humildad da a la grandeza  
del siempre vencedor Altitonante,  
y así el árbol humilde el arrogante  
rostro humilla, humillando su cabeza.

Señales mira en él del rayo ardiente  
de Júpiter; respeta los despojos,  
¡oh tú!, que admiras, triste, esta memoria.

Frescas aún viven en la altiva frente;  
toma en ella consejo, abre los ojos,  
y vete, que harto debes a su historia.

V

*Al ejemplo de cosas que fueron y se acabaron*

El imperioso brazo y dueño airado,  
el que Pegaso fue, sufre paciente;  
tiembla a la voz medroso y obediente,  
sayal le viste el cuello ya humillado.

El pecho anciano de la edad arado,  
que amenazó desprecio al oro, siente,  
humilde ya, que el cáñamo le afrente,  
humilde ya, le afrente el tosco arado.

Cuando ardiente pasaba la carrera,  
sólo su largo aliento le seguía;  
ya el flaco brazo al suelo apenas clava.

¿A qué verdad temió su edad primera?  
Llegó, pues, de su ser el postrer día,  
que el cano tiempo, en fin, todo lo acaba.

VI

*A la ligereza y pérdida del tiempo*

¡Con qué ligeros pasos vas corriendo!  
¡Oh, cómo te me ausentas, tiempo vano!  
¡Ay, de mi bien y de mi ser tirano,  
cómo tu altivo brazo voy sintiendo!

Detenerte pensé, pasaste huyendo;  
seguíte, y ausentástete liviano;  
gastéte a ti en buscarte, ¡oh inhumano!  
mientras más te busqué, te fui perdiendo.

Ya conozco tu furia, ya, humillado,  
de tu guadaña pueblo los despojos;  
¡oh amargo desengaño no admitido!

Ciego viví, y al fin desengañado,  
hecho Argos de mi mal, con tristes ojos  
huir te veo, y veo te he perdido.

## VII

### *Al cuidado de la memoria del amor*

Mientras que bebe el regalado aliento  
de tu divina boca, ¡oh Laura mía!;  
mientras asiste al Sol que roba al día,  
por más hermosa luz, luz y contento,

tu dueño; o ya repose -¡oh blando asiento!-  
su cuello en ése que a la nieve fría  
prestar color, prestar beldad podría,  
¡vuelve, si no la vista el pensamiento!

¡Ay, si acaso, ay de mí, lucha amorosa  
la lengua oprime! ¡Oh bien dichoso amante,  
si no más, si oprimiere desdeñosa!

No olvides a tu ausente, a tu constante:  
que es ave el pensamiento, ¡oh Laura hermosa!  
y llegará a tu Fabio en un instante.

## VIII

### *Al desengaño de la fiereza del amor*

Cuando me vuelvo a mí, y el dulce engaño,  
que en deleznales lazos busco y sigo,  
conozco al alma, aunque tirano amigo,  
por corto tengo el mal, por corto el daño.

Mas cuando no, con el dolor tamaño  
que el alma abraza, querelloso digo:  
«¡Ciega mi enfermedad, duro enemigo!  
¡Oh Amor, tal eres en tu enojo extraño!»

Cruel estrella se entregó a mi suerte,  
pues de ciegos recelos oprimida,  
desconociendo el bien, el mal advierte.

Mas sólo alienta en mí tan honda herida,  
el ver que el tiempo, si me da la muerte,  
el mismo tiempo me ha de dar la vida.

## IX

### *A la sentencia que dieron a Sansón los jueces*

Vese: duda Sansón, y duda el lazo  
lo que él; duda Sansón, duda y procura  
hurtarse fuerte en vano a la atadura,  
ella tiembla temor y fuerza el brazo.

Aquel valiente, aquel que de un abrazo  
puso puertas a un monte y su espesura,  
flaca para él, un tiempo, ligadura  
es a su libertad fuerte embarazo.

Llega el fiero juez, condena a muerte  
los ojos. Y él, risueño y sosegado,  
dijo (más que su fuerte brazo, fuerte):

«Si tres veces de Dálida burlado  
sus engaños no vi, juez, advierte  
que ya dellos estaba despojado».

## X

### *A la flor de la juventud*

De Flori tierna flor, coroné el suelo,  
cual de gloria la frente de un Albano.  
Albano gime, Flori llora en vano.  
¡Ay, cuánto ríe aquesto el alto cielo!

De larga envidia mi purpúreo velo  
colmó la presunción de algún verano.  
Pues Diciembre me vio, mas inhumano,  
como era tierna flor, me robó el hielo.

Vaso lloroso, oh caminante, encierra  
y bien lloroso, pues lo ha sido tanto  
de mi caduca flor, caduca tierra.

Blandas palabras di, sosiega el llanto;  
así tu juventud burle la guerra  
de aquel ladrón de su florido manto.

XI

*A la eternidad del pensamiento*

No sólo envidia al suelo, no envidiada  
sólo tu altiva frente de una estrella  
era, ¡oh gallarda torre, cuanto bella  
temida, y cuan temida respetada!

Ya (¿qué no allana el tiempo?) derribada  
creces llanto a Sagunto; niega vella  
la yedra, huésped que se abraza en ella,  
o ella se esconde en ella de afrentada.

No le prestó su fe, su fortaleza;  
mas ¿qué homenaje deja el tiempo duro  
que en brazos de sus alas no dé al viento?

No hay bronce que a su fuerza esté seguro.  
Tú, triste, eternidad, valor, firmeza  
busca, no a bronce o torre, a un pensamiento.

XI

*A la fama de un varón ilustre*

Mayor la altiva frente que el olvido  
(por más que, anciano, de su ser presuma),  
envidia sola a la arrogante pluma  
del cano volador nunca vencido,

hoy dél la frente alzáis, hoy atrevido,  
pisáis, cual bajel suele blanca espuma,  
de la amarilla envidia, aunque presuma  
más su amargo ladrar, su cuello erguido.

Desde hoy, mientras viviere el arrogante  
Tajo en su roja arena, el mar de España,  
y del gran Betis las corrientes frías,

en nombre creceréis, y en cuanto baña  
Tetis y alcanza con su frente Atlante:  
envidia de años y caducos días.

### XIII

#### *A unas flores presentadas*

Las honras, la osadía del Verano,  
con que se ennobleció y atrevió al cielo,  
al mejor cielo del más fértil suelo  
hoy las traslada mi atrevida mano.

Parece es por demás al que es tirano,  
de cuanta presunción honra su vuelo,  
dar flores, si tus flores son recelo  
a las del cielo, rostro soberano.

Dallas es por demás, si estás segura  
envidian de tu rostro las más bellas  
partes (y partes no, por no atreverse).

¡Ay, cuales, Celia, son! da vida el vellas.  
Flor eres, mientras flor, de tu hermosura  
coge la flor, que es flor, y ha de perderse.

### XIV

#### *Persuadiéndole a su humildad al Betis*

No luches con los remos, no arrogante  
opongas tu cristal, ¡oh Betis claro!  
Allana el verde cuello, ¡oh dulce amparo  
en puerto a nave, en sombra al caminante!

Así tu hermosa frente el que el Levante  
mide -pródigo en alma, en oro avaro-  
ciña ya de coral, ya del más claro  
aljófara vista el cuello rutilante.

Deja el grueso tridente, y con la mano  
ayuda, ¡oh Rey!, la quilla, no la iguale  
flecha que tarde deje el aire vano.

Mas si tu gusto a mi rogar no sale,  
su acento escucha, río más que cano,  
valdrá contigo, pues con mares vale.

## XV

### *Al sepulcro de un varón ilustre*

Blandamente en los mármoles reposa  
quien ves, ¡oh caminante!, adormecido,  
no muerto, que la muerte no ha podido  
en él, bien que soberbio y poderosa.

No pidas triste, no, con voz llorosa,  
poco peso a la tierra, la ha vestido  
cual fuerte vencedor, cual de vencido  
despojo; antes le es carga vitoriosa.

Si llorares su muerte, no, que al cielo  
vencedor vive; mil desdichas siente  
en ésta, en nombre tuyo y de la tierra.

Haz compañía en esto, triste, al suelo,  
y luego de tus ojos la corriente  
trueca, en respeto el mármol que lo encierra.

## XVI

### *A la suerte de los celos de su amor*

Lava el soberbio mar del sordo cielo  
la ciega frente, cuando airado gime  
agravios largos del bajel que oprime,  
bien que ya roto, su enojado velo;

hiere, no sólo nubes, mas al suelo,  
porque su brazo tema y imperio estime,  
olas, no rayos, en su playa imprime.

Tiembla otro Deucalión su igual recelo.  
Envidia -cuando, fuerte y espantosa,  
la mar la rota nave ya presenta  
ya al cielo, ya a la arena de su seno-

al rústico el piloto vida exenta.  
Yo así en mis celos, libertad dichosa,  
no cuando alegre, cuando en ellos peno.

## XVII

### *Al temor de la fortuna favorable*

Alto estoy, tanto que me niega el velo  
pardo el suelo a mis ojos, por airado,  
en mirar que por nubes le he trocado,  
o porque niega, en fin, humano, cielo.

Águila en vista fui, águila en vuelo,  
mas como ajenas alas he volado,  
temo me falten: miro que han parado  
en ejemplos, mis émulos del suelo.

Desprecio, altivos, dieron a su suerte,  
al tiempo, a la fortuna: si han caído,  
sus manos dieron puertas al mal suyo.

Conozco mi verdad, merezco acierte.  
¡Desdicha, si me humillas, habrá sido,  
no por mi mal o culpa: por ser tuyo!

## XVIII

### *A la paciencia de sus celosas esperanzas*

Ausente el claro sol, el cielo hermoso,  
viudo, tristeza viste, viste celos  
(pues, por pequeño que es, llega a los cielos  
amor niño, gigante poderoso);

de su querido ausente tan celoso  
se muestra, ¡oh amor fuerte!, que sus velos  
cubren ojos nacidos de recelos  
del largo olvido del ausente esposo.

Triste, con ser ejemplo de mudanzas,  
siente firme, cual cielo, no cual peña,  
mientras abre a su bien la Aurora puerta.

Pues si a temer, amando, el cielo enseña,  
¡tened paciencia, muertas esperanzas,  
hasta que el Sol de Celia dé su vuelta!

## XIX

### *Rindiéndole a amor su mal*

Confieso tu poder, ¡oh Amor!, rendido:  
tu hierro en mí tal dice, y mi cuidado;  
baste, ¡oh fuerte gigante!, haber poblado  
brete que tantas gentes han vestido.

Sufre tu planta un cuello que no ha sido  
tantas veces, ¡oh fiero!, sujetado,  
que merezca desprecio, desechado  
ya por común, por vil, ya por fingido.

¿Qué me quieres, cruel? Entre unos ojos,  
llamándolos mi bien, hallé mi muerte,  
dichosa, por ser tú la causa della.

Deja el aljaba, afloja el arco fuerte,  
que ella me niega sangre, y mis enojos  
volverá, y tú podrás mejor vertella.

## XX

### *Pidiéndole piedad de sus males al amor*

Amor, déjame; Amor, queden perdidos  
tantos días en ti, por ti gastados;  
queden, queden suspiros empleados,  
bienes, Amor, por tuyos, ya queridos.

Mis ojos ya los dejo consumidos,  
y en sus lágrimas propias anegados;  
mis sentidos, ¡oh Amor!, de ti usurpados,  
queden por tus injurias más sentidos.

Deja que sólo el pecho, cual rendido,  
desnudo salga de tu esquivo fuego;  
perdido quede, Amor, ya lo perdido.

¡Muévate (no podrá), cruel, mi ruego!  
Mas yo sé que te hubiera enternecido,  
si me vieras, Amor, ¡mas eres ciego!

## XXI

### *Al enojo de la fortuna en sus penas*

Desatad mi veneno convertido,  
amargos ojos, en amargo llanto,  
no por burlar mi mal, mas porque es tanto  
que le niega lugar al que ha nacido.

¿Qué, tristes, receláis donde ha perdido  
el alma al pecho? El pecho al alma espanto,  
veneno os causa, ¿Fuego teméis tanto?  
¡Dejad que corra tras quien causa ha sido!

De mis injurias y tu brazo escudo,  
viste, ¡oh Fortuna!, el corazón deshecho,  
un consuelo: mis penas inmortales.

Deshicísteme, en fin: tu brazo pudo;  
y, en deshacerme, haces pueda el pecho  
no temer más ni darle tú más males.

## XXII

### *A la planta de Celia en Guadalete*

De tributos y mares olvidado  
(que es natural en Guadalete olvido),  
cuanto un tiempo corriente, detenido,  
miró a Celia, de juncia coronado.

Y celoso de ver había estampado  
la playa el pie pequeño, el atrevido  
hurtósela, y confiesa haber corrido,  
después del dulce robo, más salado.

Soberbio en su cristal y en pensamientos,  
olvidando sus márgenes, triunfante  
estaba de la arena que bebía.

«Vámonos -dijo Celia-; de mi amante  
nuevo conozco, ¡oh Fabio!, los intentos;  
¡no te me lleve, ay Dios, por prenda mía!».

### XXIII

#### *A un retrato*

Al alma, un tiempo, y al sentido estrecho  
vi tu dueño, y se vio, retrato amado.  
En él, triste, me he visto transformado,  
en agua y fuego el corazón deshecho.

El sentido a buscar parte derecho  
-celoso que eres él- otro traslado,  
y el verte en bronce y vello, ha confirmado  
la sospecha del hurto de su pecho.

Reverenciéte, vencedor valiente.  
Gigante al alma humilde el bronce bello  
vistes, ¡oh dueño, de mis ojos gloria!

Milagros son del tiempo, pudo hacello.  
Mas aunque él y tu ejemplo me amedrente,  
edad será a sus alas mi memoria.

### XXIV

#### *A un olmo, consolando su mal*

Enojo un tiempo fue tu cuello alzado  
a la patria del Euro proceloso;  
era tu verde tronco y cuello hojoso,  
dosel al ancho Betis, sombra al prado.

Ya que la edad te humilla, derribado,  
gimes del tiempo agravios; ya lloroso  
tu ausencia llora el río caudaloso,  
tu falta siente y llora el verde prado.

Envidia al alto cielo fue tu altura,  
cual tú me abraza el suelo, derribado,  
imagen tuya al fin, ¡oh tronco hermoso!

Tu. mal llora del Betís la agua pura,  
y quien llore mi mal nunca se ha hallado,  
que en esto sólo basta el ser dichoso.

## XXV

*A un chopo, semejante en desgracia a su amor*

Remataba en los cielos su belleza,  
alivio, un alto chopo, a un verde prado,  
amante de una vid y della amado,  
que amor halló aposento en su dureza.

Soberbia, exenta, altiva su cabeza  
era lengua del Céfiro enojado;  
del verde campo rey, pues coronado,  
daba leyes de amor en su corteza.

Robóle su corona, airado, el viento;  
sintió tanto su mal, que fue tornada  
en verde oscura su esperanza verde.

Yo, sin los lazos de mi Celia amada  
¿qué mucho a tal me traiga un pensamiento,  
si un árbol me dio Amor que me lo acuerde?

## XXVI

*A la vista de Celia*

Escuadrones de estrellas temerosas  
desamparan el cielo, de corridas  
en ver que sólo no han de ser vencidas  
del sol, cual antes, o de frescas rosas.

Ya las ligeras horas presurosas  
oro crecen al carro, y encendidas  
perlas les da el Oriente más subidas  
por afrentar a las de Celia hermosas.

Cual a su dueño el prado lisonjera  
vitoria ofrece y esperanzas vanas  
en su color y en el laurel que cría.

Salió mi bello Oriente a sus ventanas:  
paróse el sol vencido en su carrera,  
y fue más largo por mi Celia el día.

## XXVII

*A la virtud que alcanza lo dificultoso*

Este cetro que ves, ¡oh pecho ardiente!,  
por oro o majestad, de roble ha sido  
piel; este imperio un tiempo lo ha vestido,  
que apenas viste ya el dorado Oriente.

Roble o acebo duro, a aquesta gente  
cargó el hombro, que ultraja, ya en bruñido  
acero el claro sol recién nacido,  
sombrero tosco la dorada frente.

Virtud, osar, valor, los ha encumbrado  
a que beses su planta, blanca luna:  
que fue de su virtud, hija su suerte.

Hijos de un monte fueron, fue su cuna.  
Mídete en ellos, pecho, pues te han dado  
espejo en sí, y róbate a la muerte.

## XXVIII

*Al temor de un amor desengañado*

Aquí fue Troya, Amor; aquí, vencida,  
es polvo aquella máquina espantable,  
que si se esconde entre la hierba afable,  
un tiempo fue en las nubes escondida.

Aqueste, Janto, que en igual corrida  
a sí se es puente su humildad tratable,  
que su roja corriente, de intratable,  
a mil ilustres pechos fue homicida.

Ya humilde Troya, ya humillado Janto,  
-que Troya fue mi amor, Janto mis ojos-  
ni el pecho es fuego, ni sus ojos llanto.

Sólo temen, discretos, mis enojos,  
de aquesta Troya, ya humillada tanto,  
otra Roma no vengue sus despojos.

## XXIX

*A su amor en sus males, sin remedio*

Enmudeció el Amor la pluma y mano  
volvió el Amor a pluma y mano, lengua,  
¡ay de mí!, quiere llore, por mi mengua,  
agravios de sus manos con mi mano.

Tal Guadarrama, por su escarcha cano,  
agravios del sol llora cuando mengua  
sus nevados tesoros; tal, sin mengua  
mis ojos trata Amor, Amor tirano.

Llorad, ojos, llorad, pues desatando  
parte del mal, por quien estoy muriendo,  
irá en mi pecho su furor menguando.

En vano alivio con llorar pretendo,  
si vuelve al pecho, por su mal, volando,  
lo que dél sale, por su bien, corriendo.

## XXX

*Al despedirse un amante*

Esta cordera, que tornó en abrojos  
su corta juventud los gustos míos,  
medio anegada de los hondos ríos,  
¡oh honor!, de tantas lágrimas y enojos,

ofrezco a tu deidad; estos despojos  
-como ya de piedad, de miedo fríos,  
de tu poder ejemplo y de mis bríos  
de hoy más ocupen peregrinos ojos.

Quede en tus aras la segur colgando,  
cuyo afilado acero, ¡oh honor!, entiendo  
la humilde sangre le ha dejado blando.

Mas no cures de mí, que si, venciendo  
mi fe, cumplí contigo, ¡oh honor!, dejando,  
voy a cumplir con el amor, muriendo.

### XXXI

#### *Al taparse y destaparse de una dama*

Mirásteme, vi el Sol, y en bellos lazos  
ciñó (dulce ceñir) mi rostro y frente;  
hízose ocaso su divino Oriente,  
tomó la noche el hemisferio en brazos.

Temí (bien pude), ¡oh Lisi!, sus abrazos:  
dirálo bien quien de mis males siente;  
lloré -y amargo bien fue- como ausente,  
robos del alma en sus oscuros brazos.

Rompí el silencio de su tez oscura  
con desiguales quejas, y a mi llanto  
mostró, ¡oh Lisi!, tu Sol su frente pura.

Dio nuevas della el alma alegre el canto:  
tal puede en mí tu Sol, tal tu hermosura,  
tal el no verte, Lisi, el verte tanto.

### XXXII

#### *A la muerte de una dama*

¡Ten, no la pises, ten!: de losa fría,  
de piedra, ¡oh caminante!, más que helada,  
es centella en ardor, ya tan mudada  
que es cera la que mármol ser solía.

Cenizas guarda aquí, que en solo un día  
Amor robó, y en hora desdichada,  
diestra quebró, cuanto sangrienta, airada,  
lazo que olvido y tiempo no temía.

Envidiosa la Muerte y la Fortuna,  
con uno y otro golpe procuraron  
a su firmeza hallar flaqueza alguna.

Mas la Fortuna y Muerte se engañaron  
si está donde no puede la Fortuna,  
ni la Muerte y sus alas alcanzaron.

### XXXIII

*Al mediano remedio de su amor*

«Bien que sagrado incienso, bien que puede  
vencer ardiente víctima tu saña,  
esta corriente que tus basas baña,  
lloroso soy, que en calidad le excede.

Este tierno pesar tu reino herede,  
por culpa, ¡oh tiempo!, contra ti tamaña:  
baste, pues, ya mi mal me desengaña,  
a que délimpio y de su culpa quede».

Esto, tierno, lloré, y mi tierno acento  
apenas alcanzó el divino oído,  
cuando en brazos oí del manso viento:

«El poder restaurarte, ¡oh ya vencido  
Fabio del tiempo y de mi tiempo exento!,  
será no perder más que lo perdido».

### XXXIV

*Comparándose con Faetón en su mal*

¿Caíste? Sí, si valeroso osaste.  
Osaste, y cual osado en fin caíste;  
si el cuerpo entre las nubes escondiste,  
tu fama entre las nubes levantaste.

Nombre (¡oh terrible error!), mozo, dejaste  
de que a estrella cruel obedeciste.  
Lampecie gime tal, tal Feba triste,  
una y otra a tu losa verde engaste.

Intentaste, ¡oh gran joven!, como osado;  
seguiste al hado que te vio vencido;  
caíste, mozo más que desdichado.

Y así, en mi mal gigante, te he excedido,  
pues sin haber tus hechos heredado,  
cual tú, menos tus llantos, he caído.

XXXV

*Epitafio a Pompeo el Magno*

Lee, y tendrás exenta, ¡oh caminante!,  
del abrazo del áncora esta orilla;  
respeta entre su arena maravilla,  
que lo es, en cuantas se preció el Levante.

Si bien miras, verás huesos delante,  
no despojo fatal de alguna quilla,  
que entre una y otra mal quemada astilla,  
besa aquí el mar humilde, si arrogante.

Exenta fama del exento olvido  
goza, por cuanto ciñes, blanca luna,  
aquel Pompeo el Grande, aquel temido.

Faltaba a tantas palmas sólo una,  
que fue saber vencer, siendo vencido,  
-con vitoria más noble- a su fortuna.

XXXVI

*A sus enojos imposibles de vencer*

Ciegos doy (cual mi amor) tres varios ñudos,  
varios en el color: ¡ay Dios, si fuesen  
de tan alto valor! ¡ay, si pudiesen  
mostrar tus ojos de rigor desnudos!

Ciñe este altar tres veces y estos mudos  
bultos tuyos, ¡oh Laura, si venciesen  
en blandura esta cera, si quisiesen  
arder cual arden estos troncos rudos!

Estas hierbas, que da el marino seno,  
doy en aquestas llamas por despojos;  
¿si vencerá veneno otro veneno?

Cual este polvo en agua, mis enojos  
mueran; en vano por vencillos peno,  
que es mayor el hechizo que tus ojos.

### XXXVII

#### *A la muerte de Lisi*

Altivo intento, sí, pero debido,  
vista amarga intentáis de humor vacía,  
bien que copioso venza, noche fría,  
tu sagrado silencio su rüido.

Yace de sueño frío, ay, ya vencido  
aquel divino peso al claro día.  
¡Grande ausencia amenazas, prenda mía,  
fábula de escarmiento al mundo has sido!

Id, tristes ojos, a la tumba amada,  
ay, no sólo por Lisi lastimosa  
solicite a dolor la piedra helada.

Sepan que osaste, ¡oh pena querellosa!,  
en espacioso llanto desatada,  
mostrar dos mares en tan breve losa.

### XXXVIII

#### *Despídese de su musa amor*

Ya no compuesto hablar, ya no que aspire  
a laurel docto o a sagrada musa;  
mándalo, ¡oh Musa!, Amor, que en mí rehúsa  
menos que el pecho su rigor suspire.

Ya va fuera de mí verso que admire  
en polido decir; mi llama excusa,  
¡oh, sagrados despojos de Medusa!,  
que en vuestras aguas este ardor respire.

Otro alentad en el licor dichoso,  
que ya, ausente de vos, al mal presente,  
desata el pecho un río caudaloso.

Adiós, pues trueca Amor por vuestra fuente,  
(mirad cual cantaré) de mi lloroso  
pecho, en su ausencia larga, la corriente.

### XXXIX

*A la ausencia, que consoló su esperanza*

Quiso mi hermoso Sol y dueño hermoso,  
honrar el alba con su Sol divino,  
mostróse oscuro el sol en su camino,  
y el mío, en sus tinieblas, receloso.

Vistió el cielo de ceño querelloso  
el campo de sus ejes cristalino,  
que no el temor de su beldad previno  
como discreto, en fin, como envidioso.

Lloró su ausente el cielo, y yo, eclipsado,  
di un mar también por mi divino ausente,  
¡dichosa compañía a un desgraciado!

Dio a sus olas furor mi pena ardiente;  
libróse apenas mi esperanza a nado.  
Esta verdad sabrá quien de amor siente.

### XL

*A la muerte de un hombre docto*

Respetá, ¡oh presto pie!, la sacra losa.  
La causa a tu aguardar ( ¡si la escuchares!)  
estas letras dirán, que vuelven mares  
mil ojos: ¡ten la planta presurosa!

Bien que leve, la tierra en que reposa  
blandamente durmiendo en los altares  
que ves (y es bien su eternidad repares)  
envidia al tiempo y a la edad forzosa.

De la esquiva beldad, la docta frente  
ceñida, amenazó su hermosa altura  
desprecio a Homero y igualdad al cielo.

Viste ya de dolor la tierra dura.  
Tal, Fama, llora; y puedes, que presente  
su fama al mundo abraza en alto vuelo.

## XLI

*Excusando algún descuido de su amor*

¿Cómo, oh querido bien, cómo, oh querido  
dueño de alma y vida, en qué, arrojado,  
el pecho os ofendió? ¿Cuándo ha entregado,  
pues le olvidáis, el cuello a vuestro olvido?

Si yo no os miré, si os he ofendido,  
Amor es ciego, Amor lo habrá causado.  
¿Quién no tiene a bajeza haber probado  
cuánto corta la espada en un rendido?

Mandómelo el Amor; fue fuerza hacello,  
y es mi rey el Amor, pudo mandarme;  
culpa el mandarlo fue, culpa el querello.

Llorando moriré, pues el culparme  
vos, le basta a mi llanto, ¡oh rostro bello!,  
por vengaros a vos y por vengarme.

## XLII

*Retrato a la hermosura de Celia*

Desas rojas mejillas, envidioso,  
más sangriento el rubí, de más corrido,  
afrenta, que del hurto ha convencido  
el nácar, Celia, de tu rostro hermoso.

El cristal desatado, de lloroso,  
tu blanca frente aqueja, que ha podido  
robar -dícelo él- de lo escondido  
de sus senos espejo tan lustroso.

Más blanca de enojada, blanca nieve,  
hurtos gime en tu cuello; desos ojos  
el sol se queja o pide su hermosura.

Mas no cesan aquí, no, tus enojos,  
que, si esto negar puedes, que me debe  
tu rostro un alma que robó, es locura.

### XLIII

*A un limón que le arrojó una dama desde un balcón*

Fruto, por ser del cielo tan querido  
que ha sido, y es, de mí tan adorado;  
fruto, por ser del cielo y desdichado,  
al de mi pensamiento parecido;

¡cómo os adoro y quiero! ¿Habéis caído?  
¿por qué?, decid, ¿por qué, del adorado  
Sol de mi Lisi, rayo, habéis bajado?  
Si rayo no ¿a qué, estrella, habéis venido?

Si estrella sois, al que en desdichas muere,  
¿para qué le buscáis? Si rayo fuerte,  
¿en que ofendí la luz del alma mía?

Mas, no, pecho, no ofendas tu fe y suerte,  
que si de amor la estrella y dicha quiere,  
verás en tus desdichas compañía.

### XLIV

*A las penas del amor inmortales*

Hambriento desear, dulce apetito  
hambriento apetecer, dulce deseo,  
detened el rigor, ¡ay!, ya, pues veo  
mi negro día en vuestro enojo escrito.

Mientras con más calor os solicito  
vuestro ardiente querer, mi dulce empleo,  
por más que el bien a vuestro bien rodeo,  
huye el remedio término infinito.

Sin duda moriré, pues que mis bienes  
alimentan, hambrientos, a mis males:  
tú, dulce apetecer, la culpa tienes.

Muriendo, de sus penas desiguales,  
pecho, será imposible te enajenes:  
hijos del alma son, son inmortales.

XLV

*A Dafne y Anaxarte*

Más blanda, no de amor, de arrepentida  
cual fue, si es blanda, siendo piedra helada,  
gime Anaxarte, piedra cuando amada,  
más que después que en piedra convertida.

Viva le aborreció, y aborrecida  
pena a su esquivo pecho reservada,  
Dafne esquivada aconseja, castigada,  
consejos que no oyó siendo querida.

Desconocidas Dafne y Anaxarte  
en piedra y planta, me amenaza en vano  
igual pena a las tuyas en no amarte:

en vano, si eres de mi amor tirano,  
y pienso ser retrato de Anaxarte,  
si no en esquivo, en firme al tiempo vano.

XLVI

*A Tisbe*

Mira el amante pálido y rendido  
a la inclemencia, Tisbe, de su hado,  
el rostro en llanto por su amor bañado,  
y él en su sangre por su amor teñido.

Hirióse con la espada que había sido  
ministra de su mal y su cuidado;  
el golpe no sintió, que era acabado,  
con el morir su amante, su sentido.

Cayó; y buscó su sangre presurosa  
la fría de su dueño, y ella, herida,  
los brazos de su amante, querellosa.

Mostró su ser la Muerte en tal caída,  
pues fue a juntar de un golpe, poderosa,  
lo que el Amor no pudo en una vida.

#### XLVII

##### *Al desengaño de los peligros de la mar*

Osado en fin te atreves, pensamiento,  
ayer burla del mar, dél anegado,  
viendo que, aún fiero del furor pasado,  
debe la arena a su robado asiento.

Segunda vez, con atrevido intento,  
la barca ofreces al licor salado;  
aún destilas vestidos que has colgado,  
pensamiento, ¡ay, cuán otro pensamiento!

Aquellas tablas de tu rota nave,  
con que el mar, aunque mudo, te habla tanto,  
te den lo que él, pues te aconseja, sabe.

Mas si tan fuera estás, cruel, de espanto,  
prevén escollo en que tu vida acabe,  
mientras prevengo a tus obsequias llanto.

#### XLVIII

##### *A la memoria de la muerte*

Camino de la muerte, en hora breve  
apresura la edad los gustos míos,  
y mis llorosas luces en dos ríos,  
lloran cuán tardos sus momentos mueve.

A tal exceso mi dolor se atreve,  
rendido él mismo de sus mismos bríos:  
¡ay, venga el tiempo que en sus hombros fríos  
la común madre mis despojos lleve!

Crece a medida de la edad la pena,  
con ella el gusto del funesto empleo  
que mi grave dolor o suerte ordena.

Y tan ceñido al alma le poseo,  
que mientras más la vida le enajena  
siento crecer más fuerza a tal deseo.

## XLIX

*A las prisiones del amor, imposibles de romper*

¿Vosotras sois? segunda vez, dudoso,  
tiemblo vuestro rigor y mi ventura:  
apenas libre el pecho se asegura,  
apenas libre Amor goza reposo.

¡Prisiones que os rompí! ¡Oh yo dichoso!  
si en mi ventura cabe mi cordura,  
¡gracias, oh santo tiempo, oh dios! procura  
dicha, si puede ser, pecho animoso.

Esto libre canté cuando rompellas  
el tiempo permitió, y Amor tirano  
así me respondió, soberbio entre ellas:

«Huyes, ¡oh Fabio!, tu prisión en vano:  
volverá Amor, que es poderoso, a hacellas,  
que Amor en fin es dios, y el tiempo humano».

## L

*A la mudanza del tiempo*

Aún no exceder su madre el cuello exento  
miré de aqueste chopo levantado;  
sin brazos le vi y sombra, aún no buscado  
por ella el caminante o por aliento.

En su niñez le vi; ya el blando viento  
resuena entre sus galas abrazado;  
galán está, mas dellas despojado;  
a Enero ha de sufrir rigor violento.

Más veces lo veré, si el alma dura

al desusado ardor que ciñe el pecho,  
pues su muerte su exceso le asegura..

Esto veré: mas en mi ardor deshecho,  
ausente de mi pecho tu hermosura,  
no: tal milagro en mí tu rostro ha hecho.